

Disgustado de no hacer papel en sus últimos años, viendo que se elevaba otra reputación más grande que la suya quedando él en el olvido, determinó salir con otra expedición. Había oído decir que la Florida, considerada por él como una isla, era parte de Costa-Firme y principio de muchas y desconocidas regiones; de consiguiente, un vasto campo se abría ante sus ojos, donde podía llevar á cabo conquistas y descubrimientos, que igualasen, sino sobrepujaban, á la afamada conquista de Méjico.

Por lo tanto, el año de 1521 apostó dos buques en la isla de Puerto-Rico, comprometiendo en la empresa casi toda su propiedad; el viaje fue malo y tempestuoso, pero al fin llegó al país que deseaba. Bajó á tierra con la mayor parte de su gente; mas los indios salieron á defender valerosamente sus costas; la batalla se encrudeció, muriendo en ella muchos españoles y saliéndose herido de un flechazo en el muslo Juan Ponce; llevósele á bordo y conociendo que no podría dar otro ataque, dirigió su rumbo á Cuba, á donde llegó enfermo del cuerpo y del espíritu.

Estaba en una edad en que son muy difíciles ya las reacciones saludables; el pesar de ver humillado su orgullo y perdidas sus esperanzas, aumentó la fie-

bre producida por la herida y murió poco después de su llegada.

«De este modo el destino, dice uno de los más verídicos escritores antiguos españoles, se deleita en trastornar los proyectos de los hombres. El descubrimiento con que Juan Ponce se lisonjaba alcanzar una perpétua vida, tuvo por resultado acelerar su muerte.»

Sin embargo, puede decirse que al fin obtuvo una sombra sus deseos; pues si no consiguió prolongar el término natural de su existencia, se aseguró con su descubrimiento, la eterna duración de su nombre.

El siguiente epitafio, puesto sobre su tumba, hace justicia á sus altas cualidades de guerrero:

Mole sub hac fortis requiescunt ossa Leonis,
Qui vicit factis nomina magna suis.

Parafraseado al español por el licenciado Juan de Castellanos, dice:

Aqueste lugar estrecho
Es sepulcro del varón,
Que en el nombre fue Leon,
Y mucho más en el hecho.

APÉNDICE.

UNA VISITA A PALOS.

Al principiar la siguiente narración, no pensó el autor pasarse su tamaño del de una carta amistosa; pero circunstancias imprevistas han aumentado sus dimensiones. La inserta aquí en la creencia de que muchos participaran de su curiosidad, y se alegraran de saber algo sobre el actual estado de Palos y de sus habitantes; razón que le indujo á él á hacer este viaje.

Sevilla 1828.

Desde que escribí á V. mi última, he emprendido, lo que yo llamo una peregrinación americana, pues he ido á visitar el pequeño puerto de Palos en Andalucía, en donde Colon equipó sus buques y se hizo á la vela para el Nuevo Mundo. No puedo expresar á V. lo interesante y agradable que me ha sido. Yo tenía meditada hace mucho tiempo esta escursión, que consideraba como un deber piadoso y casi filial en mi calidad de americano, y me animé á verificarla, cuando me dijeron que algunos edificios citados en la Historia de Colon, permanecían casi en el mismo estado que en el tiempo de su permanencia en Palos, y que los descendientes de los intrépidos Pinzones, que le ayudaron con buques y dinero, y le acompañaron en el viaje de descubierta, vivían todavía en sus cercanías.

La tarde antes de mi salida de Sevilla, oí decir que había un joven de la familia de los Pinzones estudiando leyes en la ciudad; hice que me presentaran á él y me gustó por sus caballerescas maneras: dióme una carta para su padre don Juan Fernandez de Pinzon, residente en Moguer y actual cabeza de la familia.

Como estábamos á mediados de agosto y hacía un calor insoportable, alquilé una calesa: mi caletero era un andaluz alto y flaco, de chaqueta corta y calañés, con los pantalones abotonados de arriba abajo por el costado y sus botines de cuero bordados. Era un mozo muy activo, aunque desusadamente taciturno; para Andaluz iba siempre junto á su caballo, animándolo de tiempo en tiempo con una terrible im-

precación, ó arrimándole el látigo por vía de insinuación positiva.

En este equipaje salí por la tarde para evitar el calor del sol, y después de haber subido las colinas que rodean el hermoso valle del Guadalquivir, y de haberme molestado mucho la aspereza del camino, bajamos entre dos luces á una de esas vastas, silenciosas y melancólicas llanuras, tan frecuentes en España, donde no vi más señales de vida que una banda de errantes cigüeñas, y una torada á lo lejos, guardada por un solo pastor que, con su larga pica plantada en tierra, se mantenía inmóvil en medio del paisaje con toda la apariencia de un árabe del desierto. Ya era bastante entrada la noche, cuando nos detuvimos á descansar algunas horas en una venta, ó posada si cabe darle este nombre, porque no eramos que un establo de techo muy bajo, dividido en varias cuadras para colocar las recuas de mulas que conducen los arrieros, ó carreteros que hacen el comercio interior en España. Habitaciones para los viajeros no había ninguna, ni aun para un transeunte tan fácil de acomodarse como yo. El posadero no tenía que darme de comer, y por lo que respecta á cama, solo existía una manta sobre la que estaba acostado en cueros su hijo único, de edad de ocho años. El calor de la estación y el vaho que salía de los establos, hacían aquella estancia insoportable; por lo que tuve á bien pasar la noche sentado en el suelo y envuelto en mi capa á la puerta de la venta; donde, al despertar, después de tres horas de profundo sueño, me hallé con un contrabandista roncando cerca de mí y el trabuco al lado.

Al otro día empecé mi jornada antes de amanecer y á las diez de la mañana ya habíamos andado bastantes leguas, y nos detuvimos á almorzar y pasar las horas más calorosas del día en una aldea, de donde salimos á las cuatro de la tarde: proseguimos entonces nuestro camino por un sitio tan solitario como el anterior, hasta que al ponerse el sol llegamos á Moguer. Esta ciudad (en el día lo es) está situada á una legua de Palos, de cuyo pueblo son la mayor

parte de las personas acomodadas que viven en ella, contando entre otras á la familia de los Pinzones.

Está tan separada esta pequeña población del centro del comercio, y tan destituida de las pomposas vanaglorias de este mundo, que mi calesa, con sus cascabeles y sus moñas rodando por aquellas tortuosas y mal empedradas calles, causaba gran sensación; los chiquillos saltaban y brincaban, admirando sus espléndidos adornos de latón y seda, y contemplando respetuosos al importante extranjero que iba en tan estupendo equipaje.

Me apeé en la posada principal, cuyo amo estaba á la puerta: era uno de los hombres más corteses del mundo, dispuesto á servirme en cuanto necesitase y pudiera complacerme; pero había una gran dificultad; no tenía ni cama ni alcoba en su casa donde poder alojarme. En efecto, aquella no era más que una simple posada de arrieros, acostumbrados á dormir en el suelo sobre mantas de mulas y los fardos por cabecera. No había mejor posada en la ciudad. Pocos son los que recorran por gusto ó por curiosidad en España pueblos tan extraviados de las carreteras; y si alguna persona distinguida lo hace, se aloja por amistad ó recomendación en las casas particulares. Una cama no es, en muchos puntos de la Península, artículo de primera necesidad, y así me puse á buscar algún tranquilo rincón donde tender mi capa: afortunadamente apareció la mujer del ventero. Imposible que fuese más obsequiosa que su marido; pero, ¡Dios vendiga á las mujeres! siempre saben conseguir su objeto.

A poco rato un cuartito, como de unos diez pies cuadrados, que había sido antes pasillo entre los establos y una especie de tienda, se limpió de todos los muebles inútiles que contenía; y me aseguraron que allí me se pondría una cama. Por la conversación de mi posadera con sus compadres, cogí que todos iban á contribuir para procurarme una cama, y mantener el lustre del establecimiento.

Así que pude mudarme de ropa, empecé las históricas pesquisas que eran el objeto de mi viaje, y pregunté donde vivía don Juan Fernandez Pinzon; mi complaciente patron me acompañó á su casa.

Mi imaginación iba preocupada con la idea de visitar á un representante en línea recta de la familia de los coadyutores de Colon.

A poco trecho llegamos á la casa, cuya apariencia indicaba el bien estar si no la riqueza de sus moradores la puerta, según la costumbre de los pueblos en España. Durante el verano estaba enteramente abierta, y entramos con el ordinario saludo de «Ave María.» Una joven criada respondió á nuestra salutación, y habiéndole preguntado por su amo, nos condujo al través de un patio colocado en el centro del edificio, que refrescaba un hermoso saltador rodeado de arbustos y de flores, á un terrado adornado también con flores y macetas; allí estaba sentado don Juan Fernandez con toda su familia, gozando del ambiente de una noche serena al aire libre.

Me gustó muchísimo su porte: era un venerable hidalgo, alto, algo delgado, blanco y de pelo gris; me recibió con la mayor urbanidad, y después de haber leído la carta de su hijo, manifestó la admiración que le causaba mi viaje á Moguer, sin más objeto que visitar el sitio en que se había embarcado Colon. Admiróse mucho más cuando le dije que uno de los principales objetos de mi curiosidad era su propia familia; porque se conoce que el buen caballero no se cuidaba mucho de las grandes empresas que ejecutaron sus antecesores.

Tomé asiento en el círculo, y muy pronto me hallé tan á gusto como si estuviera en mi casa; tan general es la franca cordialidad de los españoles. La mujer del don Juan era una señora sumamente amable y dotada de una gracia natural que sobrepasa tanto

en las damas españolas. En el curso de la conversación supe que su esposo, anciano de setenta y dos años era el mayor de cinco hermanos, todos casados y con numerosa progenitura, que habitaban en Moguer y sus inmediaciones en el mismo estado de fortuna y rango que en tiempo de los descubrimientos. Esto estaba perfectamente de acuerdo con lo que había oído decir de las familias de los descubridores. De Colon no existe ningún descendiente en línea recta; fue una planta exótica que no consiguió echar profundas raíces en el país; pero la raza de los Pinzones continúa creciendo y multiplicándose estrordinariamente en suelo natal.

Duraba aun la conversación cuando entró un caballero que me presentaron como don Luis Fernandez Pinzon, el más joven de todos los hermanos; parecía hombre de cincuenta á sesenta años, bastante robusto, de pelo gris y con franco y urbano porte; es el único que ha seguido la antigua profesión de su familia, habiendo servido con aplauso en la marina española, de donde se retiró en la época de su casamiento hacia unos veinte y dos años. Es el único que se interesa y manifiesta orgullo por los honores históricos de su casa, conservando cuidadosamente todas las apuntes y documentos de los hechos y distinciones de la familia, cuyo manuscrito voluminoso me prestó para que lo inspeccionara.

Don Juan me manifestó el deseo de que durante mi permanencia en Moguer viviese en su casa. Traté de escusarme alegando que las buenas gentes donde estaba parando se habían tomado mucho trabajo para colocarme y que no me parecía bien desairarlos. El buen señor tomó á su cargo el arreglo del negocio, y mientras se preparaba la cena nos fuimos juntos á la posada. El dueño y su mujer se habían esmerado: ocupábanse en colocar una vieja y raquítica mesa en un rincón del cuarto con todas las pretensiones de una cama de lujo. ¿Cómo menospreciar lo que aquellas gentes habían preparado para mí con tan buena voluntad y que consideraban un triunfo del arte? Volví, pues, á decir á don Juan que me dispensara de dormir en su casa, ofreciéndole comer con ellos todo el tiempo de mi residencia en Moguer; y como el anciano señor comprendió los motivos que me impelían á no admitir su oferta, simpatizando alegremente con mi amigo, quedó el negocio arreglado. En seguida volví con don Juan á su casa y cené con la familia; durante la cena concertamos un plan para hacer mi visita á Palos y al convento de la Rábida, ofreciéndose voluntariamente á acompañarme y ser mi cicerone, y quedando todo dispuesto para el día siguiente. Debíamos almorzar en una hacienda que poseía en las inmediaciones de Palos, en medio de un viñedo, y comer allí á nuestra vuelta del convento. Arreglado así todo nos separamos; trasladéme á mi posada satisfecho de mi visita, y dormí profundamente en la estupenda cama inventada para mi comodidad.

A la mañana siguiente muy temprano don Juan Fernandez y yo salimos en la calesa con dirección á Palos. Yo sentía que este caballero por un exceso de condescendencia se hubiese levantado tan de mañana, exponiéndose á una fatiga demasiado grande para su edad; se rió de mi cuidado y me aseguró que era muy madrugador, y estaba acostumbrado á toda especie de ejercicios á pié y á caballo, pasando muchos días en los montes en partidas de caza, llevándose consigo sus criados, caballos y provisiones, y viviendo en una tienda de campaña á la espera como buen cazador; efectivamente parecía hombre robusto, de vida activa y jovial vivacidad; su humor alegre me hizo pasar una mañana sumamente agradable y divertida; su urbanidad se manifestaba con cualquiera transeunte que encontrábamos en el ca-

mino, saludaba al mas humilde aldeano diciéndole, «vaya V. con Dios caballero.» frase que llena de orgullo al mas miserable español, cuando se la dirige una persona de rango.

Como la marea estaba baja anduvimos bagando por las orillas de Rio-Tinto, que se deslizaba á la derecha, mientras á la izquierda se veía una larga hilera de colinas que parecían otros tantos promontorios cubiertos de higueras y viñedos: el tiempo se presentaba sereno, y el aire dulce y embalsamado, contribuyendo todo el paisaje á despertar en el alma la dulce armonía que produce tan indefinible bien estar. Pasanos por junto á Palos, y nos dirigimos á la hacienda situada á corta distancia del pueblo, entre este y el rio; la casa es de piedra con un piso solo, bastante capaz y muy blanqueada; una parte está destinada para pasar el verano la familia, y tiene buenos salones, alcobas y una capilla; y la otra es la bodega en que almacenan el vino que produce la hacienda.

Está fabricada en una altura rodeada de viñedos, que se suponen cubrir parte del antiguo Palos; que en el día no es mas que un miserable pueblecito: detras de los viñedos y sobre una distante colina, se ven elevarse las blancas paredes del convento de la Rábida, en medio de un espeso bosque de pinos.

Por debajo de la hacienda corre el Rio-Tinto, donde se embarcó Colon; divídelo una larga lengua de tierra, ó mas bien barra de arena, del rio Odiel, con el cual une sus aguas y corren juntos á precipitarse en el Océano; al lado de esta barra, en que el rio es muy profundo, estuvo anclada la escuadra de Colon, y desde allí se hizo á la vela la mañana de su salida.

Un ligero viento rizaba apenas la superficie del rio; dos ó tres barcas pintorescas llamadas místicos, con sus largas velas latinas, se mecían blandamente en sus aguas. Con poco que la imaginación ayudase, bastaba para figurarse en aquellos místicos las ligeras zarzuelas de Colon, prontas á zarpar para su arriesgada expedición, mientras podía suponerse que las distantes campanas de Huelva, (que á la sazón vibraban armoniosamente) daban á los viajeros un toque de despedida.

No puedo expresar á V. la multitud de sensaciones que experimentaba mi corazón al pisar las playas que estuvieron un día animadas con los preparativos del viaje, y en cuyas arenas habian quedado impresas las huellas de Colon al embarcarse; el solemne y sublime acontecimiento á que esto dió lugar, unido con las aventuras acontecidas á los que la efectuaron, llenaban mi imaginación de vagas y melancólicas ideas, como si estuviere viendo el silencioso y vacío teatro de algun gran drama despues de haber desaparecido todos sus actores. El aspecto solo del paisaje tan hermoso y tranquilo hacia sobre mí un efecto profundo, y al pasear por aquella desierta playa, al lado de uno de los descendientes de los descubridores, sentí mi corazón henchido de emociones y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Lo que me sorprendió mucho fue no ver allí nada que se pareciese á un puerto; no habia muelle ni desembarcadero; únicamente la limpia orilla del rio y el casco de un barco de transporte que me dijeron llevaba pasajeros á Huelva, varado en la seca arena á causa de la baja-mar. Palos, sin duda alguna ha disminuido en dimensiones, pero nunca debe haber sido una gran población; si tenia almaceas en la playa han desaparecido, y en el día no es mas que un pueblecito miserable, situado á un cuarto de legua del rio en una hondonada, y rodeado de colinas: contiene algunos centenares de habitantes, cuya principal ocupación es el cultivo de las viñas y los sembrados; la raza de marineros y mercaderes no existe absolutamente; no hay un barco que pertenezca á la población, ni el mas remoto vestigio de comercio,

exceptuando la estación de los frutos y el vino; en que vienen algunos místicos y otros barcos pequeños á anclar en el rio y recoger los productos de los alrededores. Los habitantes yacen en la mas completa ignorancia, y es muy probable que la mayor parte de ellos ni siquiera saben qué significa el nombre de América. ¡Tal es el sitio de donde salió la expedición para descubrir el Nuevo Mundo!

Almorzamos en un pequeño salon de la hacienda; la mesa estaba cubierta con todo el lujo que podían dar de sí las producciones del país, ricas y doradas ubas moscateles de las próximas viñas, deliciosos melones y vinos generosos. El almuerzo fue amenizado con el festivo genio de mi huésped, que poseía la mas envidiable alegría de alma y sencillez de corazón.

Despues de almorzar tomamos la calesa para ir á visitar el convento de la Rábida, que está como á media legua de distancia: el camino era un terreno profundamente arenoso en medio de viñedos; el calesero se habia devanado los sesos pensando qué motivo podia inducir á un extranjero como yo que viajaba por gusto, á venir desde tan lejos para ver un pueblo tan miserable como Palos, lo peor del mundo segun él calculaba; pero el capricho de andar media legua de arena solo por visitar el convento de la Rábida, acabó de completar su confusión. ¡Hombre! «exclamó»; ¡si es una ruina! ¡no hay mas que dos frailes! Don Juan se echó á reír y le dijo, que precisamente por ver esa ruina y esos dos frailes habia venido yo desde Sevilla. El calesero hizo lo que todo español de su clase cuando se halla en la mayor perplejidad; se encogió de hombros y se santiguó.

Despues de subir una colina pasamos por la orilla del bosque de pinos y nos encontramos en frente del convento. Está edificado en un lugar agreste y solitario, sobre la punta de una roca, extendiendo sus vistas hacia el lado del Poniente por una vasta extensión de tierra y agua que coronan las montañas fronterizas de Portugal como á unas ocho leguas de distancia. Desde las viñas de Palos quitan la vista al convento el bosque de pinos de que he hablado y cubren todo el promontorio por el lado de Levante, oscureciendo el paisaje en esta dirección.

La arquitectura del convento no tiene nada de particular: en parte es gótica, pero á fuerza de recomposiciones y continuos blanqueos, segun costumbre de Andalucía transmitida por los moros, ha perdido el venerable aspecto que debía esperarse de sus años.

Nos apeamos en la puerta á donde, pobre y en país extranjero llegó Colon á pedir pan y agua para su hijo. Mientras el convento exista, siempre será un objeto capaz de despertar el mas alto interés; la puerta, segun parece, está en el mismo estado que en tiempo de la visita del Almirante; pero no hay portero que responda ni administre lo necesario al viajero. Hallábase completamente abierta y nos facilitó la entrada á un patio interior desde donde pasamos por debajo de un arco gótico á la capilla, sin encontrar alma viviente; despues atravesamos dos claustros interiores igualmente vacíos y silenciosos: miramos por una ventana y vimos lo que habia sido jardín, pero que ya no era mas que ruinas; las paredes se habian caído y no quedaban mas signos de cultivo que algunos arbustos y dos malas higueras. Pasamos al través de largos corredores, pero las celdas estaban cerradas y vacías; no habia otras señales de vida que un solitario gato que atravesaba un corredor y que echó á huir asustado en cuanto nos vió. Por fin, despues de haber recorrido casi todo el desamparado local, sin oír mas que el eco de nuestras pisadas, llegamos á la puerta de una celda que estando medio entornada, nos dejó ver dentro un monge, sentado delante de una mesa escribiendo.

Se levantó y nos recibió con la mayor cordialidad, conduciéndonos en seguida á ver al superior que se entretenía leyendo en una celda inmediata; ambos eran bastante jóvenes, y ellos, un novicio y un lego cocinero, formaban toda la comunidad.

Don Juan Fernandez les manifestó el objeto de mi visita, y el deseo que tenia de repasar los archivos del convento para ver si quedaba algun recuerdo de la estancia de Colon. Nos dijeron que los archivos los habian destruido los franceses; sin embargo, el monje mas joven los habia leído y conservaba una vaga idea de varias particularidades relativas al modo de manejarse Colon en Palos, su visita al convento y la salida de la expedición. Por la relación que me hizo comprendí que todos los informes concernientes á este asunto, contenido en el archivo, habian sido ya extractados por Herrera y otros autores conocidos. El fraile era muy hablador y elocuente, y evadiendo el asunto de Colon, tocó otro que para él tenia mas importancia; la milagrosa imagen de la Virgen que poseía el convento, conocida bajo la advocación de Nuestra Señora de la Rábida. Nos contó una larga historia del modo milagroso con que la imagen se habia hallado metida en la tierra, donde estuvo escondida por espacio de muchos siglos, desde el tiempo de la conquista de los moros, las disputas del convento con varios pueblos vecinos por su posesión, y la maravillosa protección que dispensaba á toda la comarca, protegiéndola muy particularmente contra el mal de rabia, que antiguamente era muy comun en hombres y perros, con tanto extremo, que dió al país el nombre de la Rábida, con el cual se le conocia; pero gracias á la influencia de la Virgen, ya se habia disipado aquel mal. Tales son las leyendas y reliquias con que están enriquecidos los conventos de España, y que los monjes ensalzan con el mayor celo, contando con la ciega credulidad del populacho.

Dos veces al año, durante la festividad de Nuestra Señora de la Rábida y del santo patrono de la orden, se interrumpe la soledad y el silencio del convento por la afluente multitud de los habitantes de Moguer, Huelva, y de los vecinos montes y llanuras; la esplanada delante del edificio se convierte en una feria, y el próximo bosque en un apiñado campamento, celebrándose una solemne procesion en honor de Nuestra Señora.

Mientras el fraile se esmeraba en manifestarnos los méritos y nombradía de la imagen, yo me entretenía en mecer mi imaginación con los sueños que estando despierto me son tan habituales. Lo interior del convento ha ido pasando sin alteración años y años; figurábame estar en el mismo cuarto habitado por el guardian Juan Perez de Marchena cuando la visita de Colon; la antigua mesa que tenia delante pudo ser la misma en que desplegó sus mapas y espuso su teoría de un camino posible á las indias Occidentales; con solo recoger un poco las ideas veíase á su alrededor el pequeño cónclave compuesto del fraile Juan Perez, el médico Garci-Fernandez y el atrevido marinero Martin Alonso Pinzon, oyendo atentamente á Colon ó otro viejo marinero de Palos, contar el descubrimiento de las islas que habian visto hacia la parte occidental del Océano.

Los frailes hicieron por complacerme en cuanto se lo permitieron sus pobres medios y escasos conocimientos; nos enseñaron todo el convento, que á la verdad ofrecía apenas que admirar no siendo la parte histórica; la librería se hallaba reducida á unos cuantos volúmenes relativos á asuntos eclesiásticos; teníanlos apiñados en un cuarto abovedado y lleno de pólvora, la habitación era curiosa; pues estaba en lo mas antiguo del edificio, y se suponía haber formado parte de un templo en tiempo de los romanos.

Subimos al tejado del convento para admirar las

magníficas vistas que se dominaban desde allí; próximo al promontorio donde está situado, corre un rio bastante profundo, conocido con el nombre de Domingo-Rubio, que desagua en el Tinto. Don Luis Fernandez Pinzon es de opinión que los buques de Colon, se carenaron y alistaron en este rio, porque posee mejor guarida que el Tinto y sus orillas tienen mas fondo; una sola barca de pescador se veía en su corriente, y un poco mas lejos en una punta de arena, las ruinas de una torre de vigía. Desde el tejado del convento se distinguían todas las vueltas y revueltas del Odiel y del Tinto, y su confluencia en el rio principal por donde salió Colon al mar. En efecto el convento, por la posición que ocupa, está visible á larga distancia de la tierra para los buques que se acercan á aquellas costas; al lado opuesto vi el solitario camino que atravesaba el bosque de pinos, por el cual el diligente guardian del convento fray Juan Perez, salió á media noche con su mula, cuando vió el campamento de Fernando é Isabel en la vega de Granada, á fin de inclinar el ánimo de la reina en favor del proyecto de Colon.

Concluida nuestra inspección del convento, nos preparamos á dejarlo, acompañándonos hasta la puerta para que montáramos; y al verlo uno de los frailes exclamó riéndose: «¡Santa María! ¡es posible! ¡una calesa delante de la puerta del convento de la Rábida!» y en verdad, es tan solitario este antiguo edificio, y tan sencillo el modo de vivir de los habitantes de aquel rincón de España, que no es extraño cause admiración la vista de una triste calesa. Sorprende que en tan retirado lugar encontrase oídos inteligentes y coadyutores, el proyecto de Colon, despues de haber sido desechado, escarneado y despreciado por espléndidas cortes y sabias universidades.

De vuelta á la hacienda, encontramos á don Rafael, hijo menor de don Juan Fernandez, gallardo joven de veinte y un años, el cual segun me dijo su padre, estudiaba matemáticas y francés; iba montado en un soberbio caballo, y vestido á la andaluza con chaqueta y calañes, manejando su cabalgadura con singular gracia y maestría. Me gustó mucho el modo franco y familiar con que don Juan trataba á sus hijos; este creo yo que era su favorito, y segun me dijo su padre el único que le acompañaba en sus partidas de caza, pues era tan aficionado como él.

La mujer del capataz nos habia hecho de comer y entrambos parecían sumamente complacidos con la visita de don Juan, porque el buen humor de este señor se comunicaba á todos y contaban siempre con una jocosa respuesta á cualquiera pregunta que le dirigian; nos sirvieron la comida á las dos. Las esquisitas frutas y excelentes vinos eran productos de la hacienda, el resto de las provisiones las habian traído de Moguer, porque el próximo pueblo de Palos no ofrecía nada para el caso; un viento fresco del mar suavizaba el calor de la estación. No recuerdo haber visto un sitio mas ameno que la casa de campo de los Pinzones: su posición en una ventilada colina, á poca distancia del mar en aquellos climas meridionales, ocasiona una dulce temperatura, ni calorosa en verano, ni fria en invierno; tiene magníficas vistas, y está rodeada de todo el esplendente lujo de la naturaleza. El país abunda en caza, el próximo rio suministra la suficiente pesca, y los aficionados á pasearse por las aguas pueden hacer deliciosas excursiones de noche y de día. Durante la estación de los trabajos agrícolas, especialmente en el alegre tiempo de la vendimia, la familia pasa algun tiempo allí, acompañada de numerosos huéspedes, en cuya época me aseguró don Juan que eran incensantes las diversiones por tierra y agua.

Despues de comer y dormir la siesta, tomamos el camino de Moguer, tocando al paso en Palos; don

Gabriel había ido delante para pedir las llaves de la iglesia y advertir al cura de nuestro deseo de visitar el archivo. El pueblo consiste en dos calles de casas bajas muy blancas; la mayor parte de los habitantes son sumamente morenos, no pudiendo ocultar la mezcla de la sangre africana.

Al entrar en el pueblo nos dirigimos á la humilde casa del cura, y yo tenía la esperanza de hallar un personaje parecido al cura del don Quijote, lleno de instrucción y sagacidad en su limitada esfera, y que podría darme conocimiento de algunas anécdotas concernientes á su parroquia, las cosas dignas de contarse, sus antigüedades y sus acontecimientos históricos; quizá en otro momento hubiera logrado mis deseos; pero desgraciadamente el cura era cazador, y le habían avisado de que había caza en los campos vecinos; le encontramos disponiéndose para salir; era una figura pintoresca. Figúrese V. un hombre grueso y pequeño, que había cambiado las sotanas de cura por la chaqueta y el sombrero calañés, en el acto de montar en un burro, sacado á la puerta por una ajada doncella, temeroso de que le interrumpiesen su cacería. Se llegó á mi compañero así que le vió. «Dios guarde á V. señor don Juan! he recibido su recado y no tengo mas respuesta que dar, sino que los archivos fueron destruidos, y aquí no tenemos nada de lo que V. busca; nada, nada. Don Rafael tiene las llaves de la iglesia, puede V. examinarlo como guste. ¡A Dios caballero!» Con estas palabras el listo hombrecillo se montó en su burro, lo arreó con la escopeta y echó á correr por aquellos campos como un desesperado.

Viendo hacia la iglesia pasamos por el lado de las ruinas de una casa, de mejor apariencia que las demás; me dijo don Juan que era una posesion de la familia, pero desde que dejaron á Palos, se-habia ido arruinando por falta de habitantes; que probablemente habría residido en ella la familia de Martin Alonso ó de Vicente Yañez Pinzon, en tiempo de Colon.

Llegamos á la iglesia de San Jorje, en cuyo pórtico Colon proclamó la orden que tenia de los soberanos, para que le suministrasen buques, á fin de emprender su gran viaje de descubierta. Este edificio ha sido últimamente reparado, y como es una fábrica bastante fuerte, promete ser por muchos años un monumento de recuerdo de aquella época; está situado fuera del pueblo en la cumbre de una colina, dando vista á un pequeño valle junto al rio; los restos de un arco morisco, prueban que en su primitiva construccion fue una mezquita; casi á su lado en la cresta de una colina se ven las ruinas de un castillo moro.

Me detuve en el pórtico y traté de representarme la interesante escena que ocurrió en aquel sitio, cuando Colon acompañado del diligente fraile Juan Perez, hizo al notario público leer la real orden en presencia de los asombrados alcaldes, regidores y alguaciles. ¡Qué consternacion debió causar en aquel pequeño pueblo la presencia de un extranjero revestido de absoluta autoridad para disponer de sus personas y buques, llevándoselos á navegar por mares desconocidos en busca de remotas tierras!

El interior de la iglesia no tiene nada de particular sino la imagen de madera de San Jorje, venciendo al dragon, que está en el altar mayor y es la admiracion de los habitantes de Palos, de sacan en procesion todos los aniversarios del Santo. Este grupo existia en tiempo de Colon, y ahora está en un brillante estado, porque ha sido pintado y decorado de nuevo, dándole la posesion del Santo cierto aire de frescura.

Concluido el exámen de la iglesia, montamos en la calesa y nos dirigimos á Moguer. Una cosa nos quedaba que hacer para llenar el objeto de mi pere-

grinacion, que era visitar la capilla del convento de Santa Clara. Cuando Colon se vió en inminente peligro de naufragar á su vuelta del gran viaje de descubierta, hizo el voto de velar y orar toda una noche en esta capilla; voto que cumplió así que llegó.

Mi condescendiente amigo don Juan me condujo al convento, que es el mejor de Moguer y pertenece á la orden de religiosos franciscanos; la capilla es grande y está adornada con magnificencia, particularmente la parte mas próxima al altar mayor, embellecida con magníficos monumentos de la ilustre familia de los Portocarreros, antiguos señores de Moguer, famosos en la guerra contra los moros. Las estatuas de alabastro de los distinguidos guerreros de la casa, de sus esposas y hermanas, están colocadas en hilera con las manos juntas, en sepulcros de mármol delante del altar, mientras otras están metidas en profundos nichos á entrambos lados; ya era de noche cuando entré en la capilla, lo que contribuyó á que me causase mas impresion; algunas lámparas esparcian su débil luz en lo interior; reflejando sus rayos en los dorados ornamentos, en los marcos de las pinturas que rodeaban la iglesia, y sobre las figuras de mármol de aquellos personajes que disfrutaban el descanso de la tumba. Aquel solemne conjunto debió presentar el mismo aspecto cuando el devoto descubridor vino á cumplir su promesa arrodillándose al pié de aquel altar, orando y velando toda una noche y dando á Dios las mas humildes gracias por haberle permitido llevar á cabo su grande obra.

Terminado ya el objeto de mi viaje, que era visitar todos los sitios que se enlazaban con la historia de Colon, sirviome de complacencia hallar algunos de ellos casi en el mismo estado que antiguamente, á pesar del tiempo transcurrido; pero en aquella tranquila region de España tan apartada de los caminos principales el transcurso del tiempo produce muy pocos cambios violentos. Nada me gustó ni me admiró mas que la familia de Pinzon. Al otro dia de mi visita á Palos la casualidad me proporcionó inspeccionar el interior de las casas de la poblacion. Teniendo curiosidad por reconocer los restos de un castillo árabe, antigua ciudadela de Moguer, don Juan quiso enseñarme una torre que servia de bodega á un individuo de la familia, y para encontrar la llave tuvimos que recorrer las habitaciones de casi todos los parientes; pareciome que vivian en esa dichosa mediania, igualmente distante de la opulencia que de la miseria, y que comunica á los hombres cierto aire de cordial satisfaccion; encontramos á las señoras generalmente sentadas en los patios, á la sombra de los toldos y rodeados de macetas con flores y arbustos; este es el gabinete de costura en donde generalmente habitan las damas andaluzas durante el verano, acompañadas de sus doncellas haciendo labor; reminiscencia de las costumbres orientales. Sobre las puertas de las casas ó á su entrada observé los escudos de armas, dados por Carlos V á los Pinzones, unos de mármol, y otros pintados como cuadros y colgados en la pared: recogí algunas anécdotas particulares de la familia, tanto por la conversacion con don Juan, como por los manuscritos que conservaba don Luis; y de todo esto saqué en claro que el largo espacio de tres siglos y medio no habia producido cambios considerables entre ellos; de generacion en generacion habian mantenido su bien estar y buena reputacion en toda la comarca, desempeñando siempre cargos de dignidad y ejerciendo grande influencia entre sus conciudadanos, por su buen juicio y rectitud. ¡Cuán raro es ver esta estabilidad de fortuna en un mundo tan variable, y cuánto honran estas consideraciones hereditarias, que no son debidas á títulos honoríficos, sino á virtudes individuales! Le aseguro á V. que los mas ilustres descendientes de personas de alta gerarquía, jamás me inspirarán un

respeto tan sincero y cordial como el que aquella antigua familia han estado inspirando por tres siglos y medio, sin mas recomendacion que la de su honradez.

Como debia emprender mi viaje á Sevilla antes de las dos, hice mi comida de despedida en casa de don Juan á eso de las doce; y dije adios á su familia con un sincero sentimiento: el buen señor, con la mayor política, ó por mejor decir con la cordialidad de un verdadero español, me acompañó hasta la posada. Yo habia gastado muy poco, gracias á la hospitalidad de los Pinzones, y sin embargo, mis huéspedes se manifestaban llenos de orgullo por haber preferido su humilde cuarto y pobre cama á la suntuosa casa

de don Juan, y cuando les dí las gracias por lo bien que se habian portado conmigo, y regalé al dueño algunos cigarros, el corazon del pobre hombre rebosaba de alegría; me cogió de ambas manos y me bendijo al partir, corriendo luego tras el calesero para encargarle muy particularmente que me cuidase por el camino.

Me despedí cordialmente de mi amigo don Juan, que no cesó de manifestarme las mas sinceras atenciones hasta el último momento; salí en mi vehiculo sumamente complacido del éxito de mi viaje, y lleno de los mas agradecidos sentimientos hacia Moguer y sus hospitalarios habitantes.

MANIFIESTO DE ALONSO DE OJEDA.

La siguiente fórmula compuesta por ilustres teólogos españoles, se leyó la primera vez en alta voz por los frailes del séquito de Alonso de Ojeda, como preludio para atacar á los salvajes de Cartagena, y fue despues generalmente adaptada por todos los descubridores españoles, cuando invadian el territorio indio.

«Yo, Alonso de Ojeda, servidor de los muy altos y muy poderosos soberanos de Castilla y de Leon, conquistadores de bárbaros, su mensajero y capitán; os notifico y hago saber, del mejor modo que puedo, que Dios Nuestro Señor, único y eterno creó los cielos y tierra, y el primer hombre y primera mujer, de los cuales vosotros y nosotros descendemos, como así todos los habitantes de la tierra nacidos y por nacer; pero el gran número de generaciones procedentes de ellos en el curso de cinco mil años desde la creacion del mundo, hizo necesario que la raza humana se dispersase en todas direcciones, y se dividieran en reinos y provincias, porque no podian vivir en una sola. Todas estas gentes fueron encargadas por Dios Nuestro Señor á una persona llamada San Pedro, á quien hizo señor de todos los habitantes de la tierra y cabeza de todo el linaje humano; y á quien todos deben obedecer, en cualquier parte que vivan, y sea la que quiera su religion, secta, ó creencia: le dió tambien todo el mundo para su servicio, poniéndolo bajo su jurisdiccion, y aunque deseó que estableciese su silla en Roma, como sitio mas conveniente para gobernar el mundo, le permitió, no obstante, establecerla en otra parte y juzgar y gobernar las naciones, cristianos, moros, judíos y gentiles, y cualquiera otra secta ó creencia que exista. Esta persona se llama papa, es decir, admirable, supremo, padre y guardián, porque es el padre y gobernador de todo el género humano. Este santo padre fue obedecido y honrado como señor, rey y superior del universo por todos los que vivian en su tiempo, y del mismo modo han sido honrados y obedecidos todos los que han sido elegidos pontífices, y continuan siéndolo y lo serán mientras el mundo dure.

«Uno de estos pontífices de quienes hemos hablado como señor del mundo, hizo donacion de las islas y continentes de este Océano y todo cuanto comprende á los reyes católicos de Castilla, que á la sazón eran Fernando é Isabel, de gloriosa memoria, y á sus sucesores, nuestros soberanos, segun lo acreditan ciertos papeles extendidos al efecto (los que puedo manifestaros si quereis). De consiguiente, S. M. es rey y soberano de estas islas y continentes en virtud de dicha donacion, y como rey y soberano, ciertas

islas, y casi todos aquellos á quienes hemos hecho la presente notificacion, han aceptado á S. M. y le han obedecido, servido y sirven actualmente. Ademas como buenos súbditos, de buena voluntad, sin ninguna resistencia ni retardo desde el momento que se les informó de lo antedicho, han obedecido á todos los religiosos que se les han enviado para predicarles y enseñarles nuestra santa fe, y han consentido de su libre voluntad, sin ninguna condicion ni recompensa, el hacerse cristianos, y continuan siéndolo; por lo que S. M. los ha recibido benignamente y ha ordenado que les trate como á sus demás súbditos y vasallos; y á vosotros se os amonesta para que hagais lo mismo. De consiguiente, del mejor modo posible os ruego y os amonesto para que considereis lo que acabo de decir, y os concedo un término racional para que lo comprendais y tomeis la deliberacion conveniente, y para que reconozcais á la Iglesia por soberana y superior del todo el universo; y en su nombre al supremo pontífice llamado papa; y en lugar de este á S. M., como superior y soberano de estas islas y Tierra-Firme, en virtud de la dicha donacion; y que consintais en que estos religiosos padres os instruyan y prediquen de aquí en adelante. Si así lo hicieris, obrareis bien, porque cumplireis con lo que estais obligados; y S. M., y yo en su nombre, os recibiremos con el debido amor y caridad cristiana, y os dejaremos vuestras mujeres é hijos libres de esclavitud, para que hagais con ellos lo que sea de vuestra voluntad, como los habitantes de las otras islas; ademas de esto, S. M. os dará muchos privilegios y excepciones, y os hará muchos favores. Pero sino haceis nada de lo dicho, ó con mala intencion y rebeldia dilatais el cumplirlo, yo os aseguro que con la proteccion de Dios, invadiré vuestro territorio con mis gentes, y os haré la guerra de todos cuantos modos esté en mi poder, y os subyugaré bajo la obediencia de la Iglesia y de N. S.; os quitaré vuestras mujeres y vuestros hijos; los haré esclavos y venderé como tales, y dispondré de ellos segun el mandato de S. M.; y os quitaré vuestras riquezas, y os haré todo el daño é injuria que pueda, como vasallos desobedientes que no quieren recibir á su soberano y le oponen resistencia. Y protesto que todas las muertes y desastres que ocurran por esta causa, será por culpa vuestra, y no por la de S. M., ni la mia, ni por la de estos caballeros que me acompañan. Y de todo cuanto aquí os he dicho y manifestado, suplico al notario, aquí presente, me dé fe y testimonio.»

FIN.